

# LA CUESTIÓN DEL BIEN Y LA IDENTIDAD NARRATIVA DE CHARLES TAYLOR<sup>1</sup>

BEATRIZ ZEGERS PRADO

Universidad de los Andes-Chile

RESUMEN: La vida actual plantea inéditos desafíos ante la tarea de definir una identidad estable y alcanzar la autorrealización. Es plausible sostener que constituye un legado de la Modernidad el que cada sujeto sea protagonista de su propia vida y la configure mediante decisiones autónomas. Es cierto que él debe decidir, aunque ha de hacerlo desde convicciones profundas si no quiere ser influido por una cultura que —en la perspectiva de Charles Taylor— ha banalizado el ideal de autenticidad y ha exaltado una libertad que incrementa el individualismo. Este ensayo se centra en los actos cargados de significación y la adhesión a verdaderos bienes que forjan la identidad y su narrativa. Los fundamentos se encuentran en la antropología y ética del recién mencionado filósofo.

PALABRAS CLAVE: bienes, identidad, identidad narrativa.

## *The question of good and narrative identity in Charles Taylor*

ABSTRACT: Modern life poses unprecedented challenges in dealing with the task of defining a stable identity and achieving self-fulfillment. It is possible to sustain that is a legacy of Modernity that the person is the main character of her own life and configure it by means of autonomous decisions. It is true that she must decide, although she has to do so from deep convictions if she does not want to be influenced by a culture that —in Charles Taylor's perspective— has trivialized the ideal of authenticity and has exalted a freedom that increases individualism. This essay is focused on the actions full of significance and the adherence to true goods that shape the identity and its narrative. The basics are in the anthropology and ethics of the philosopher just mentioned.

KEY WORDS: goods, identity, narrative identity.

Este trabajo se propone mostrar que una antropología de la identidad, de acuerdo a lo propuesto por Charles Taylor, requiere recuperar y reconquistar la atribución de significados como forma característica del conocer humano, y de la manera en que el hombre habita el mundo y se conoce a sí mismo (I). Como no todas las valoraciones que evalúan estos significados tienen la misma relevancia, se verán las más importantes en la fragua de la identidad —las llamadas ‘evaluaciones fuertes’— y se las distinguirá de aquellas insustanciales o ‘débiles’ (II). Por otra parte, dado que no basta saber teóricamente qué es el bien o lo bueno, sino que será preciso discernir en cada caso qué es lo mejor en la conducción de una vida, se abordará la cuestión del bien en la ética tayloriana. En orden a ese fin, este trabajo se adentrará en las nociones de ‘bienes vitales’, ‘bienes constitutivos’ e ‘hiperbienes’, siendo estos últimos los que forjan la identidad (III). Se analizará después, la relevancia de la libertad moral, contrapunto necesario para no permanecer enclaustrado en la concepción individualista

---

<sup>1</sup> Agradezco al filósofo Jorge Peña Vial, quien fue el profesor guía de mi tesis de Magister: «La Antropología de la Identidad de Charles Taylor. Fundamentos para una Psicología de la Identidad». Este ensayo es fruto de ese trabajo.

moderna de la autenticidad y la autorrealización (IV). La visión integradora y de conjunto propuesta por el filósofo canadiense es la de una antropología hermenéutica y narrativa de la identidad, asunto que se discutirá con algún detalle en el punto V. A través de estos cinco apartados se busca dar cuenta del objetivo central de este escrito: exponer los actos cargados de significación y la adhesión a verdaderos bienes que configuran la identidad y su estructura, buscando así fundamentos para una Psicología de la Identidad.

## I. EL HOMBRE SE AUTOINTERPRETA

Piensa Taylor que la tentación y el peligro de las teorías reduccionistas, entre las cuales incluye a las ciencias humanas positivas, es la consideración del hombre como 'objeto' de estudio, al moldear su investigación según el paradigma de las ciencias naturales<sup>2</sup>. Esta propuesta no reconoce aspectos esenciales que definen al ser humano y su vida y que los distinguen definitivamente del resto de lo viviente. Afirma el filósofo, que las ciencias del hombre son por naturaleza ciencias interpretativas, que estudian a agentes capaces de atribuir significados a sus experiencias<sup>3</sup>.

Si la interpretación es esencial a las ciencias del hombre, lo es aún más para el hombre mismo, dado que se trata de un ser hermenéutico e interpretativo, tesis que conduce a Taylor a desarrollar su teoría motivacional<sup>4</sup>. El ser humano atribuye significados a los objetos a partir de su sensibilidad, concepciones y experiencias. No puede separar la realidad y la interpretación de la misma. Precisamente porque existe esta indisoluble unidad puede comprender tanto su conducta como lo que lo mueve, las motivaciones morales que lo inspiran, delineando desde allí su identidad<sup>5</sup>.

El hombre es sujeto de experiencias y constantemente interpreta las situaciones que le afectan de modo favorable o adverso<sup>6</sup>. Inevitablemente está involucrado en los sentimientos y muchas veces complicado, perturbado o estimulado. La lengua castellana expresa sabiamente esta implicación afectiva conjugando los sentimientos en la misteriosa voz media: *me siento* alegre, triste, deprimido. Los objetos sentidos forman, de este modo, una aleación con el yo, se entranan con él. En ellos se da una unidad de intención y afección: las cosas son lo que son 'para mí', en la medida en que me doy cuenta de las circunstancias como buenas o benévolas, malas o perjudiciales. El sujeto tiende hacia los estímulos a los que atribu-

<sup>2</sup> Cfr. TAYLOR, CH., «La interpretación y las ciencias del hombre», en *La libertad de los modernos*, traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Amorrortu, 2005, pp. 143-160.

<sup>3</sup> Cfr. *Ibidem*, pp. 153-154.

<sup>4</sup> Cfr. TAYLOR, CH., «Self- interpreting animals», en *Human agency and language. Philosophical Papers I*, New York, Cambridge University Press, 1985a, pp. 4-47.

<sup>5</sup> Cfr. TAYLOR, CH., *Fuentes del yo: La construcción de la identidad moderna*, traducción de Ana Lizón, Barcelona-Buenos Aires-México, Paidós, 1996, pp. 49-50.

<sup>6</sup> Cfr. TAYLOR, CH., «La interpretación y las ciencias del hombre», *op. cit.*, pp. 152-153.

ye un valor positivo y se aleja de aquellos que inviste negativamente. Asimismo, el contenido emocional es deudor de la cultura a la que pertenece (i.e., siente vergüenza si considera que no ha actuado como se esperaba y al mismo tiempo, cree haber perdido valor ante los demás). Para Taylor, todos estos aspectos hablan de la verdadera estructura emocional<sup>7</sup>.

En la respuesta afectiva inciden los deseos, las circunstancias reales, las creencias y también el auto-conocimiento, el que puede ser superficial o profundo; la auto-interpretación es constitutiva, inevitable y define la identidad<sup>8</sup>. Un mismo hecho origina distintas respuestas dependiendo del sistema interpretativo o expectativas que provengan de ese mayor o menor conocimiento propio y de lo que el sujeto es capaz. Las emociones hablan respecto de qué se considera importante y qué trivial o ligero, qué mueve e interpela a un hombre y qué lo deja indiferente o apático. Si conoce lo que quiere y no actúa conforme a ello, probablemente el agente se sentirá incómodo, molesto o culpable. Son las 'condiciones subjetivas del juicio', que modulan la emoción, pero que no la desconectan de la realidad<sup>9</sup>. En principio, debería existir una cierta adecuación entre lo que la persona siente, su expresión y el significado que le asigna al objeto que la desencadena, aunque no siempre sea así, puesto que hay emociones 'erróneas', 'irracionales', 'patológicas', inadecuadas a la situación real. Lo antes dicho obedece a que el sistema de creencias del sujeto puede ser del todo peregrino (i.e., se lava compulsivamente las manos porque piensa que están sucias). Sin embargo, lo normal será que las emociones denoten y expresen lo que efectivamente ha ocurrido (i.e., siente tristeza porque ha muerto un ser querido).

Los sentimientos que afectan, zarandean y mueven a un ser humano, son un buen indicio y una excelente pista para que se comprenda y tome conciencia de quién es (i.e., la vergüenza puede aflorar porque una determinada conducta hace trizas la imagen o dignidad que tiene de sí mismo, porque anticipa el juicio negativo de los demás). Además, la vida afectiva se proyecta a un espacio inter-subjetivo de donde emanan significaciones de carácter ético; en esto radica el valor de la auto-interpretación, reclaman e invocan la identidad del sujeto<sup>10</sup>. Por otra parte, las emociones son una buena guía para determinar en concreto en qué se funda su vida buena, qué es relevante y qué no<sup>11</sup>. Son un rastro privilegiado para detectar lo que la filosofía clásica llamaba fin último del hombre —no del hombre en general—, sino del sujeto particular que aspira a ciertos bienes y lucha por conseguir ciertos logros y metas. Si fuese posible entrar en el laboratorio viviente de las motivaciones y aspiraciones de un sujeto que es movido por ciertos bienes y se vuelca a la consecución de determinados fines, se podría conocer cabalmente su identidad.

<sup>7</sup> Cfr. TAYLOR, CH., «Self interpreting animals», *op. cit.*, pp. 48-54.

<sup>8</sup> Cfr. TAYLOR, CH., *Fuentes del yo: La construcción de la identidad moderna*, *op. cit.*, p. 50.

<sup>9</sup> Cfr. TAYLOR, CH., «Self interpreting animals», *op. cit.*, p. 48.

<sup>10</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 58.

<sup>11</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 65.

Sean cuales sean los fines que mueven a alguien, será inevitable establecer juicios valorativos respecto a formas de vida que son mejores y más plenas que otras<sup>12</sup>. Siempre, aunque el sujeto no lo quiera reconocer explícitamente, hay discriminaciones cualitativas que reflejan sus emociones, sus modos de sentir y la forma en que se auto-interpreta.

## II. EVALUACIONES FUERTES E IDENTIDAD

La hermenéutica de la persona propuesta por Taylor afirma que las valoraciones que se atribuyen a los motivos, deseos, emociones no tienen todos los mismos significados para la vida e identidad personal, de allí que sea preciso detenerse a revisarlas.

Siguiendo a Harry Frankfurt<sup>13</sup>, Taylor enfatiza la importancia de los deseos y voliciones de segundo orden, ya que éstos «son inseparables de nosotros mismos como agentes»<sup>14</sup>. La persona no sólo desea o quiere algo, sino que evalúa sus deseos y motivos, aprobándolos o rechazándolos (i.e., a alguien le gusta el vino, pero también quiere no depender de su afición por el alcohol). La valoración reflexiva de ese deseo o querer de primer orden es una volición de segundo orden y es importante para determinar lo que realmente alguien quiere. Es decir, el sujeto no sólo registra lo que desea y lo que hace, sino que evalúa y adopta una postura respecto de lo que quiere y hace. A este respecto señala Spaemann que existe ‘una diferencia interna’<sup>15</sup>. Alguien puede, por ejemplo, querer cambiar o arrepentirse, proponerse mejorar. Si logra armonizar sus deseos con la valoración que realiza de ellos, se siente libre, dueño de su vida. El toxicómano, el que obra impulsivamente, se siente impotente: *no quiere lo que quiere*.

Empero, la distinción entre la noción de querer, de querer querer, del asentimiento o no a ese querer, no agota la problemática. Además, dirá Taylor, los deseos y voliciones son evaluados reflexivamente de acuerdo con el tipo o modo de vida al que se aspira<sup>16</sup>. Serán evaluaciones ‘débiles’ si no se corresponden con la persona que se quiere ser. Son elecciones triviales, sin mayores consecuencias (i.e., me pongo un chaleco blanco o café). Por el contrario, serán ‘evaluaciones fuertes’ aquellas en las que la persona juzga sobre lo que realmente aspira ser y lo que dice anhelar verdaderamente (i.e., quiero ser una persona austera, por eso me abstengo de un gusto superfluo).

<sup>12</sup> Cfr. TAYLOR, CH., «What is human agency?», en *Human agency and language. Philosophical Paper I*, op. cit., p. 25.

<sup>13</sup> FRANKFURT, H., *La importancia de lo que nos preocupa. Ensayos filosóficos*, traducción de Verónica Inés Weinstahl y Servando María de Hagen, Buenos Aires, Kart editores, 2006, p. 27.

<sup>14</sup> TAYLOR, CH., «What is human agency?», op. cit., p. 34.

<sup>15</sup> Cfr. SPAEMANN, R., *Personas: Acerca de la distinción entre «algo» y «alguien»*, traducción y estudio introductorio de José Luis del Barco, Pamplona, EUNSA, 2000, pp. 27-36.

<sup>16</sup> Cfr. TAYLOR, CH., «What is human agency?», op. cit., 16-19.

En las 'evaluaciones débiles' el sujeto se implica superficialmente y es movido por una intencionalidad pragmática: cómo conciliar dos motivos, cursos de acción alternativos y, en fin, deseos que predominan en la vida cotidiana con sus urgencias y necesidades básicas, semejantes en todos los seres humanos, pero que no definen la identidad<sup>17</sup>. Las personas que constantemente orientan sus vidas a partir de estas evaluaciones son movidas por circunstancias externas o por cambiantes deseos; sus comportamientos serán inestables, volátiles y sus vidas parecerán regidas por el azar. Se mantienen persistentemente en la superficie de su ser y se cierran a plantearse las cuestiones últimas y significativas. Desprovistos de autocritica y de auto-examen, no se cuestionan acerca del tipo de vida que están llevando o acerca de quiénes anhelan ser.

Las 'evaluaciones fuertes', en cambio, confrontan a la persona con disyuntivas radicales en las que tiene que escoger, renunciar a opciones plausibles y en las que elegir implica sacrificar otras posibilidades, comprometerse en un camino que considera bueno y enaltecedor. Estas valoraciones dibujan el 'mapa moral' del sujeto y se vinculan íntimamente con la vida buena, son parte intrínseca de ella<sup>18</sup>. Conllevan consejo, deliberación, motivos profundos y razonados, principios sólidos y no transables, adentrándose así en la problemática área de la auto-comprensión y auto-interpretación; en una palabra, marcan y forjan la identidad personal. En palabras de Frankfurt: «El hecho de que alguien se preocupe por una cosa o una persona, o el hecho de que no se preocupe por ellas, tiene una gran influencia sobre él»<sup>19</sup>. Un universitario que se cuestiona por qué ser un buen estudiante, implícitamente medita sobre temas que van más allá del mero estudiar o no hacerlo. Esa sola pregunta comporta discriminaciones que incidirán en lo que quiere ser.

En personas maduras y con una identidad ya configurada, no suele darse una prolongada deliberación o presencia de conflictos entre deseos contrarios. Sus comportamientos están transidos de coherencia; en ellas existe continuidad en los afectos, en los modos de valorar y perseguir lo que les importa. Han alcanzado una hondura antropológica porque se han examinado y han reflexionado sobre la totalidad de sus vidas, aspiran a determinados valores y saben muy bien qué líneas y bienes le dan su sentido<sup>20</sup>.

Las 'evaluaciones fuertes' ayudan a la concreción del proyecto vital, porque la vida con sentido es aquella que se ha profundizado a través de perseguir los compromisos, superar las crisis y sobrevivir la travesía del desierto<sup>21</sup>. Este plan permite anticipar el futuro, prefigurar un itinerario, y las metas a alcanzar en vistas a llegar a ser quien se aspira. Un plan así entendido confiere coherencia a la identidad personal, pues compromete las energías que el sujeto invertirá para alcanzar aquello que se ha propuesto. Sin él, la identidad

<sup>17</sup> Cfr. Ibidem.

<sup>18</sup> Cfr. TAYLOR, CH., «Self interpreting animals», *op. cit.*, pp. 66-68.

<sup>19</sup> FRANKFURT, H. *La importancia de lo que nos preocupa*, *op. cit.*, p. 135.

<sup>20</sup> Cfr. TAYLOR, CH., «What is human agency?», *op. cit.*, pp. 23-24.

<sup>21</sup> Cfr. Ibidem, p. 27.

dejaría de ser esa representación única y unitaria que concreta los empeños, contrastándolos con otras formas de vidas opuestas o contradictorias. El verdadero asunto es llegar a establecer cuál es el ser más auténtico, el menos ilusorio y cuál implica una distorsión de quién se es. No cabe pensar en una total indiferencia, en la que todo es igual y en la que elegir o no hacerlo fuese semejante. Tal sujeto carecería de raíces y sería un juguete a merced de sus impulsos y deseos momentáneos, con una identidad sumamente plástica, laxa o propia de un alienado.

Taylor distingue entre el ‘trasfondo’ (*background*) y el ‘marco de referencia’ (*frameworks*)<sup>22</sup>. En el trasfondo, lo significativo puede permanecer implícito, no consciente; pero, también, el sujeto va aprendiendo a descifrar lo que es verdaderamente importante. La realidad exterior y la del mundo personal se van delineando, van adquiriendo contornos más precisos que se destacan de este fondo difuso y constituyen su ‘marco de referencia’. Este último horizonte incorpora los relieves y contrastes, define lo que le resulta crucial y dota de significados a las acciones personales. Es la perspectiva que ilumina los discernimientos particulares y ayuda al sujeto a ponderar y escoger entre las distintas alternativas que se le presentan; configura los contrastes valorativos entre los bienes y fines que merecen su respeto y veneración y a partir de los cuales intentará vivir una vida más admirable.

### III. LA CUESTIÓN DEL BIEN

La teoría moral de Taylor tiene una raigambre aristotélica, aunque no es propiamente una ética de las virtudes como la que propone el Estagirita. Se apoya en una particular concepción del bien. Afirma que se trata de elegir entre bienes diversos y esclarece en qué consiste la tarea de articularlos para otorgar coherencia y unidad a las decisiones y delinear la vida buena a la que cada persona asiente<sup>23</sup>.

Taylor define el bien de un modo general: «designa cualquier cosa que se considere valiosa, digna, admirable, de cualquier clase o categoría»<sup>24</sup>. Puede ser una acción, motivo, estilo de vida que se juzga cualitativamente superior. El sujeto aprecia y otorga significados especiales a ciertos aspectos de la realidad que valora positivamente y que reclaman de él una respuesta.

Es precisamente porque la persona atribuye significados a la realidad y se auto-interpreta que ella puede distinguir ciertos bienes y darse cuenta que hay formas de vivir que son mejores que otras: son los ‘bienes de la vida o vitales’<sup>25</sup>.

<sup>22</sup> Cfr. TAYLOR, CH., *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, op. cit., pp. 31-32.

<sup>23</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 327.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 108.

<sup>25</sup> Cfr. TAYLOR, CH., «La conducción de una vida y el momento del bien», en *La libertad de los modernos*, op. cit., p. 287.

En este nivel se tienen ciertas intuiciones acerca de lo que es la vida buena en general, pero todavía no se define en qué consiste ésta para un sujeto particular, cuáles son las acciones que la transparentan o por qué ciertos modos de ser son más venerables en comparación con otras formas de vida (i.e., cordial, perseverante, esforzado vs. hostil, inconstante, perezoso). Cuando la persona se implica y se decide a actuar en conformidad con sus valoraciones, los bienes generales se vuelven ‘constitutivos’ para alguien<sup>26</sup>. Es decir, los bienes no se definen en abstracto: la persona tiene que aprehenderlos reflexivamente y resolverse a orientar su vida en conformidad con ellos.

Los ‘bienes constitutivos’ son fuentes morales, origen y principio de configuración de la identidad<sup>27</sup>. Se manifestarán en lo que preocupa y en aquello de lo cual el sujeto se ocupa, lo que cautiva su interés preferente, estructurando su forma de ser, su manera peculiar y propia de encontrarse frente al mundo, con el mundo, dentro del mundo. No resulta indiferente cómo el individuo se instala, a qué distancia mayor o menor se sitúa, cómo se irradian en las acciones específicas que realiza, a qué bienes asiente y a cuáles da la espalda; determinan la persona que es —mejor o peor—. Es cierto que el hombre elige los bienes, pero también lo es que hay bienes que son más elevados que otros<sup>28</sup>. Algunos conducen al yo favoreciendo la búsqueda de satisfacciones narcisistas y otros lo trascienden: son los bienes que develan un encargo. Se desprende que si bien la elección es importante, lo es más, la altura cualitativa de los bienes elegidos, ya que es esta la que reverbera y fragua la identidad del sujeto.

Taylor postula la existencia de una pluralidad de bienes y fines últimos<sup>29</sup>. En la vida práctica, frecuentemente están en juego bienes muy diferentes, difíciles de comparar, lo que vuelve arduo determinar cuál debe guiar la acción en una situación en la que entran en conflicto, por ejemplo, el bien común y las exigencias de fidelidad personal. Existen ‘diferencias de peso’, distintas significaciones, porque las nociones de bien varían de un sujeto a otro y difieren dependiendo de aquello a lo que cada persona aspira para sí y en qué bienes funda su autorrealización<sup>30</sup>. Lo que cambia de una persona a otra y de una acción a otra es el fin último específico, particular u operante para la razón práctica. Con todo, el hombre se esfuerza por no tomar decisiones antojadizas en esos escenarios; puede discriminar entre las aspiraciones comunes y aquellas que constituyen obligaciones morales; puede experimentar la admiración que suscitan

<sup>26</sup> Cfr. *Ibidem*.

<sup>27</sup> Cfr. TAYLOR, CH., *Inquirí*, 34, 1991, p. 243, citado por LLAMA, E., *Charles Taylor. Una antropología de la identidad*, Pamplona, EUNSA, 2001, p. 202.

<sup>28</sup> Cfr. TAYLOR, CH., *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, *op. cit.*, pp. 78-80.

<sup>29</sup> Cfr. el trabajo que Alejandro Vigo realiza acerca de la pluralidad de fines o bienes vs. un único fin o bien de la vida práctica en la ética aristotélica. VIGO, A., *La concepción aristotélica de la felicidad. Una lectura de Ética a Nicómaco I y X 6-9*, Santiago, Universidad de los Andes, 1995, p. 37.

<sup>30</sup> Cfr. TAYLOR, CH., «La conducción de una vida y el momento del bien», *op. cit.*, p. 291.

los bienes más elevados junto al desprecio que despiertan los que no son nobles; y también se espanta, cuando se viola la ley moral<sup>31</sup>.

Cada sujeto aprecia y valora diversos bienes, pero alguno o algunos de ellos se erigirán como bienes preeminentes y son éstos los que concederán coherencia a sus elecciones, unidad a su vida moral y definirán su identidad. Son los 'hiperbienes', los cuales se establecerán a partir de contrastes, diferencias cualitativas de segundo orden (i.e., cuál es el mejor, el más noble, el más importante)<sup>32</sup>. Para algunos, este 'hiperbien' será el prestigio; para otros, la satisfacción de la vida corriente y no faltarán aquellos que valorarán sobre todo su contribución al bien común. Pero cualquiera sean las aspiraciones que se tengan, siempre encerrarán anhelos de plenitud humana.

La posibilidad de conocer y valorar diversos 'hiperbienes' puede llevar consigo problemas de identidad, ya que no todos ellos son accesibles desde el principio; lo que una persona considera valioso en un momento de la vida puede dejar de serlo y otro bien pasa a sustituirlo. La aceptación de ese bien superior y el amor hacia él harán que se re-valoren los bienes anteriores, juzgándolos y vivenciándolos de manera distinta<sup>33</sup>. Puede ocurrir por la apertura a otras visiones de mundo, por un proceso de maduración del sujeto, por experiencias frustrantes, por el mejor conocimiento de sí mismo y de las propias capacidades.

Si se tiene en cuenta la finitud de una vida, necesariamente temporal y limitada, las decisiones que el sujeto ha de adoptar son perentorias y excluyentes. Está obligado a escoger entre un número finito de bienes. Serán esas decisiones concretas las que declararán en su vida lo que es importante, por eso los bienes son fuente de identidad<sup>34</sup>.

#### IV. LIBERTAD MORAL, AUTENTICIDAD Y AUTORREALIZACIÓN

Taylor cuestiona la concepción liberal del hombre y el concepto de libertad como autonomía propio de los modernos, para quienes sólo existe la 'libertad psicológica', de opción o libre arbitrio, concebida como fin y no como medio para la realización de la naturaleza<sup>35</sup>. El énfasis en la elección, sin importar lo que se escoge, comporta una autenticidad veleidosa y conlleva una autorrealización que se frustra por su inmediatez. Por eso Taylor dirá, que es necesario atender a lo que el sujeto elige y si su elección contribuye o no al bien personal

<sup>31</sup> Cfr. TAYLOR, CH., «The diversity of goods», en *Philosophy and the human sciences. Philosophical Papers II*, New York, Cambridge University Press, 1985b, pp. 237-240.

<sup>32</sup> Cfr. TAYLOR, CH., *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, op. cit., pp. 68-90.

<sup>33</sup> Cfr. TAYLOR, CH., «La conducción de una vida y el momento del bien», op. cit., pp. 296-297.

<sup>34</sup> Cfr. TAYLOR, CH., *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, op. cit., p. 59.

<sup>35</sup> Las teorías negativas y positivas de la libertad fueron distinguidas por Isaiah Berlin en «Two concepts of liberty», citado en TAYLOR, CH., «¿Cuál es el problema de la libertad negativa?», en *La libertad de los modernos*, op. cit., p. 257.

y al bien común<sup>36</sup>. La libertad es algo más que el deseo de hacer lo que se quiere; es también realizar los deseos más profundos, los que se identifican como propios, e implican a quien se es y a quien se aspira ser, poniendo en juego los proyectos más auténticos<sup>37</sup>.

El ejercicio de la libertad requiere discriminar entre motivaciones. Es preciso que lo que el sujeto quiere no vaya en desmedro de quien aspira a ser, ni disienta de su auto-comprensión y discernimiento moral<sup>38</sup>. Quien no se conoce se vuelve insensible frente a sus limitaciones y errores, se incapacita para mejorar. Si la persona no discierne moralmente, actúa según sus conveniencias y pasiones del momento. Si se auto-engaña, si falla en descifrar los fines que busca, puede ser que haga lo que quiere de acuerdo con la identificación de sus deseos, pero no está siendo libre; incluso está incrementando su falta de libertad.

El máximo grado de alienación es no poder ser uno mismo. De ahí que la libertad esté vinculada con la autorrealización o movimiento por el cual el sujeto aspira a actualizar la plenitud de su naturaleza<sup>39</sup>. Esa trayectoria existencial puede lograrse paulatinamente o frustrarse. El fracaso puede deberse a obstáculos externos (factores ecológicos, culturales, sociales, etc.) o a barreras internas (deseos, motivos, afectos, etc.) que impiden a alguien alcanzar determinados objetivos más o menos significativos<sup>40</sup>. Una conquista de la Modernidad es la capacidad de actuar por sí mismo, sin el auxilio de costumbres o pautas establecidas; por ello es importante comprender cuáles son las formas elevadas de la autorrealización y cuáles son sus expresiones degradadas, lastradas por diversas formas de narcisismo, egocentrismo y auto-indulgencia<sup>41</sup>. Rescatarlas implica purificarlas de esas trabas. Serán verdaderos ideales si incluyen condiciones morales y si tienen en cuenta a los demás. No cabe ninguna autorrealización obtenida en solitario y a espaldas de la sociedad. De no tener en cuenta estas exigencias se estará traicionando este ideal, se lo trivializará. La autorrealiza-

<sup>36</sup> Cfr. TAYLOR, CH., *La ética de la autenticidad*, traducción de Pablo Carbajosa Pérez, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S.A., p. 74.

<sup>37</sup> Cfr. TAYLOR, CH., «¿Cuál es el problema de la libertad negativa?», *op. cit.*, pp. 271-272.

<sup>38</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 263.

<sup>39</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 260.

<sup>40</sup> Si bien Taylor no distingue entre los motivos, podemos encontrar una comprensión más amplia de esta temática en los planteamientos de Paul Ricoeur. El hilo conductor de Ricoeur es que entre los dos polos del obrar humano, a saber: el voluntario y el involuntario, no hay disociación ni yuxtaposición, sino más bien alianza y reciprocidad. El individuo humano no alcanza todo su sentido más que en relación a la iniciativa voluntaria. Esta solidaridad de lo voluntario e involuntario lo analiza en tres niveles: a) la elección y los motivos; b) el esfuerzo y los poderes, y c) el conocimiento y la necesidad. En el primer nivel hay muchos motivos que proceden del involuntario corporal (sed, hambre, búsqueda de placer) y su sentido vendrá dado por la actitud voluntaria respecto de ellos. Cfr. RICOEUR, P., *Le volontaire et L'Involontaire*, Ed. Aubier-Montaigne, París, 1967.

<sup>41</sup> Comprender el significado cabal y los riesgos del narcisismo conlleva considerar su expresión extrema: trastornos de personalidad narcisista. Se remite al lector a KERNBERG, O., *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*, traducción de Stella Abreu, Buenos Aires, Paidós, 1979, pp. 206-207.

ción propuesta por Taylor va en la línea de una verdadera autenticidad basada en principios y convicciones no sujetas a los caprichos individuales<sup>42</sup>. Pero es difícil saber qué es realmente, en el fondo, lo que se quiere. No es fácil determinar los anhelos profundos del propio yo. En todo caso, están lejos del mero gusto individual y la sola declaración de preferencias espontáneas. No cualquier cosa que la persona escoja será buena y verdadera y, por tanto, significativa en la configuración de la identidad<sup>43</sup>. Por eso es que cada cual debe tomar conciencia de que los apegos desordenados restringen la libertad, mientras que la renuncia a ellos, la ensanchan. El verdadero significado de los actos libres radica en los bienes a los cuales se asiente y en los fines que se persiguen (i.e., es distinto correr una maratón por un afán competitivo que hacerlo para probarse que se es capaz de perseverar en un esfuerzo arduo). Hay elecciones que impliquen compromisos y responsabilidades y otras sin mayores consecuencias, algunas trascienden al yo y otras conducen a un ensimismamiento individualista.

Las mismas barreras de la libertad —físicas, sociales, psíquicas— imponen límites a los afanes de felicidad y autorrealización. La libertad está situada y es preciso que se tenga en cuenta a los demás. Las personas no son mónadas y es artificial e injusto pensarlas como seres autosuficientes. El horizonte significativo y valorativo de las cosas que importan y preocupan a un sujeto, es casi siempre un legado de la familia y acervos culturales<sup>44</sup>. Nadie es inmune a la influencia de las personas con quienes se relaciona e identifica; ellas transmiten valores, ofrecen modelos de cómo conducirse, apoyan y asienten en algunos casos; o bien en otros, contradicen y cuestionan las elecciones. En la cultura de la autenticidad las relaciones son claves para la auto-confirmación, son crisoles para una identidad que cada uno descubre, pero que depende de la 'relación dialógica con otros'<sup>45</sup>.

Taylor rescata de las corrientes individualistas modernas la virtud de la autenticidad. Esta virtud propone una forma más auto-responsable y permite vivir (potencialmente) una vida más diferenciada y rica<sup>46</sup>. El ideal entendido en todo su alcance desafía al hombre a vivir de acuerdo con convicciones íntimas y personalmente arraigadas, sólidas y fundadas. Es preciso conocer y justificar cómo y por qué un sujeto actúa como lo hace. Bajo este régimen, cada cual habrá de conducirse a partir de proyectos personales y en conformidad con los bienes que libremente ha escogido y de acuerdo con los cuales procura vivir. Podrá rebelarse contra las convenciones sociales, pero eso no significa que deslegitime los horizontes de significado.

En tiempos de un orden social más estructurado y estático la identidad no era algo que cada quien buscara o negociara. Cada uno reconocía su lugar en la sociedad y éste pacíficamente se transmitía de padres a hijos, estaba inscrito

<sup>42</sup> Cfr. TAYLOR, CH., «¿Cuál es el problema de la libertad negativa?», *op. cit.*, p. 263.

<sup>43</sup> Cfr. TAYLOR, CH., *La ética de la autenticidad*, *op. cit.*, p. 74.

<sup>44</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 77.

<sup>45</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 81.

<sup>46</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 105.

en tradiciones y costumbres. Esta situación cambió cuando la búsqueda de una identidad se transformó en una tarea definida como la más importante a lograr en la adolescencia<sup>47</sup>, momento en que el joven tendrá que discernir si asume o no como propio lo que ha recibido. Este auto-examen se hará a través de un proceso de auto-conocimiento de cualidades y talentos, virtudes y defectos, fortalezas y debilidades, lo que preocupa e importa, los bienes que cautivan y entusiasman. Para que la identidad no recaiga en la inautenticidad alienante es necesario conocerse, tener conciencia de la singularidad única. La identidad no es una copia o imitación, tampoco un mero acoger lo recibido, sino una verdadera síntesis creativa<sup>48</sup>. Este auto-descubrimiento requiere de *poiesis*<sup>49</sup>. Debe acontecer la distancia entre lo que cada uno es y aquello que le gustaría ser a partir de logros y conquistas concretas. Si no se cultivan las potencialidades, si no se forjan hábitos que actualicen los talentos, muchas posibilidades abortarán dando lugar a la frustración y a la falta de expectativas.

Desde el punto de vista social, no se trata de que la sociedad afirme cualquier derecho, lo que importa es la defensa del derecho que tiene la persona a vivir su vida en libertad<sup>50</sup>. La afirmación de ciertos derechos conlleva la aceptación de criterios mediante los cuales se juzgue una vida como lograda o truncada y es al sujeto a quien le compete discernir lo que exige su adhesión y lealtad. El individuo libre sólo puede alcanzar y conservar su identidad en una cultura que reconozca y respalde determinadas opciones como más legítimas que otras para su vida y su identidad<sup>51</sup>.

## V. IDENTIDAD NARRATIVA

La pregunta por la identidad —¿quién soy?— no se responde de modo simple, con un nombre y una genealogía, tampoco considerando su dimensión psicossocial: «Saber quién soy es conocer dónde me encuentro. Mi identidad se define por los compromisos e identificaciones que proporcionan el marco u horizonte dentro del cual yo intento determinar caso a caso, lo que es bueno, valioso, lo que se debe hacer, lo que apruebo o a lo que me opongo. En otras palabras, es el horizonte dentro del cual puedo adoptar una postura»<sup>52</sup>.

La forja de la identidad supone que el sujeto sepa dónde se encuentra respecto de los bienes con los que se identifica, si más cerca o lejos, y que reflexione sobre cómo acortar esa distancia. Los bienes pueden cumplir diferentes papeles y ocupar diversos lugares en un mismo momento o en el transcurso de

<sup>47</sup> Se remite al lector a ERIKSON, E., *Identity: Youth and crisis*, New York, W. W. Norton & Company, 1968.

<sup>48</sup> Cfr. TAYLOR, CH., *La ética de la autenticidad*, op. cit., p. 96.

<sup>49</sup> Cfr. Ibidem, p. 95.

<sup>50</sup> Cfr. TAYLOR, CH., «Atomismo», en *La libertad de los modernos*, op. cit., p. 254.

<sup>51</sup> Cfr. Ibidem.

<sup>52</sup> TAYLOR, CH., *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, op. cit., p. 43.

una vida. Pueden surgir *tensiones sincrónicas* respecto de quién soy ahora y dónde me encuentro respecto de esos bienes, así como *discrepancias diacrónicas* entre lo que fui y lo que soy hoy o seré en el futuro<sup>53</sup>. Es la narrativa la que proporciona la concordancia, la que permite asignarle a estos bienes diversos distintos lugares y tiempos en la vida personal, asunto que plantea la necesidad de que cada vida sea narrada.

Narrar la propia vida no es un mero registro de impresiones cotidianas, estados de ánimo, pensamientos, lugares que se han visitado<sup>54</sup>. Se origina en un alto en el camino en el que el protagonista se detiene a reflexionar, reuniendo los hechos y circunstancias dispersos para organizarlos en un todo con sentido, para armonizar los elementos heterogéneos, para encontrar la concordancia en medio de la discordancia; es una recapitulación entre sedimentación (de la que emanan los patrones constantes) e innovación<sup>55</sup>. El relato se reconfigura una y otra vez a fin de poder comprender lo que representa un proyecto, lo que es un objetivo, un medio, una circunstancia, lo que cambia. La vida reclama, además, un epílogo<sup>56</sup>.

La *inteligencia narrativa* tiene su propio proceder, distinto al operar de la teórica y a los métodos propios de la ciencia<sup>57</sup>. Cuando de integrar bienes se trata, esta inteligibilidad ha de incluir la forma comparativa y por transiciones, con la que opera el razonamiento práctico. El sujeto ejercita y decide caso a caso, en cada situación que enfrenta, cuál bien elegir. Pero al hacerlo intenta establecer una unidad temática que consiste en una síntesis razonable, logrando así la unidad en la diversidad de los bienes que ha ido escogiendo para moldear su identidad y conducir su vida. La persona comprende narrativamente su vida cuando construye un relato coherente que le descubre sentido a cómo ha llegado ahí y desde allí, proyectar un futuro. La prudencia que permite lograrlo opera como la «conexión plausible de momentos sucesivos, de modo que nuestros actos no queden aislados, sino asumidos en el sentido del conjunto»<sup>58</sup>.

La identidad cambia sutilmente o a través de grandes determinaciones. Las primeras no la afectan sustancialmente, mientras que las segundas sí. Sucede

<sup>53</sup> Cfr. TAYLOR, CH., «Explicación y razón práctica», en *Argumentos filosóficos*, traducción de Fina Birulés Beltrán, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S.A., 1997, pp. 59-90.

<sup>54</sup> Gabriel Marcel, a pesar de que incluye la itinerancia como una de sus categorías existenciales, no comprendió así la narración y rechazó la posibilidad de que la vida humana pudiera ser narrada. Asimila, equivocadamente, a nuestro juicio, la vida narrada con los diarios de vida. Cfr. URABAYEN, J., *El pensamiento antropológico de Gabriel Marcel*, Pamplona, EUNSA, 2001, pp. 121-124.

<sup>55</sup> Cfr. RICOEUR, P., «La vida un relato en busca de un narrador», en *Educación y política. De la historia personal a la comunión de libertades*, Buenos Aires, Editorial Docencia, 1984, pp. 45-58.

<sup>56</sup> Cfr. *Ibidem*.

<sup>57</sup> Cfr. BRUNER, J., *Realidad mental y mundos posibles. Los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*, traducción de Beatriz López, Barcelona, Editorial Gedisa, S.A., 2002, p. 25.

<sup>58</sup> LLAMA, E., *Charles Taylor. Una antropología de la identidad*, op. cit., p. 249.

con los ‘momentos de cambios’ (*turning point*)<sup>59</sup> (i.e., un ascenso profesional, el encuentro con una nueva cultura, una enfermedad grave). Éstos no forzosa-mente se viven con la conciencia de que son ocasiones privilegiadas y que modi-ficarán el rumbo de la existencia. No obstante, cuando se mira la vida retros-pectivamente, en la forma que asume la narrativa biográfica, sí se les concede su importancia y valor. Lo anterior ocurre también con las elecciones y actos de libertad radical, instantes de exceso de libertad y determinación, cargados de futuro y que instauran un nuevo tiempo. A partir de allí el sujeto habrá de ser fiel al compromiso libremente adquirido (i.e., el matrimonio). Estos actos pueden también estar henchidos de pasado, como acontece con los últimos segundos de la vida personal: «Después de ese instante se trata de una vida ya definida, una sinfonía acabada, ha tomado forma y ya cabe un veredicto defi-nitivo, si creemos que la vida debe ser juzgada»<sup>60</sup>.

Si la persona se siente satisfecha de hallarse donde se encuentra respecto del bien, no se inquieta o preocupa, porque su sentido está articulado en el relato. Aquello que aprecia significativamente se encuentra entrelazado cordialmente. Esta síntesis puede encontrarse escasamente articulada; empero, si se aboca a comprender su vida narrativamente, se dará cuenta de que hay una armonía entre aquello a lo que aspira y lo que hace en su vivir diario. Experimenta enton-ces la riqueza y profundidad que emana de la coherencia y unidad manifestada en el modo en que se encamina hacia los fines que se ha propuesto.

En el otro extremo están aquellas personas cuyas vidas están desgarradas por ese anhelo de unidad, y no la alcanzan por hallarse dominados por incont-rolables pasiones, muchas veces contradictorias entre sí; por deseos con los que no se identifican, porque sus evaluaciones de segundo nivel no coinciden con los actos efectivamente realizados<sup>61</sup>. Ellos no han de olvidar que la vida huma-na está inserta en un devenir. Mientras el hombre vive tiene la posibilidad de cambiar, de enmendar el rumbo, de acortar esas distancias pedregosas, de avan-zar hacia formas más elevadas; nuevos acontecimientos y experiencias pueden modificar las perspectivas y los significados que se tenían, pueden interrogar y abrir nuevas búsquedas y encontrar renovadas respuestas.

Dada esta perspectiva temporal, la narrativa desempeña un papel más impor-tante que estructurar el presente, va más allá de la comprensión que se pueda tener hoy del lugar donde alguien se halla: «Es imposible que un destello me haga saber si he logrado la perfección o si estoy a medio camino de ello»<sup>62</sup>. A algunos o a muchos se les ha presentado la oportunidad de tener experiencias ‘cumbres’

<sup>59</sup> Cfr. WETHINGTON, E. - COOPER, H. - HOLMES, C. S., «Turning point in midlife», en I. H. GOTLIB - B. WHEATON (eds.), *Stress and adversity over the life course*, New York, Cambridge University Press, 1997, pp. 215-231.

<sup>60</sup> PEÑA, J., *La poética del tiempo. Ética y estética de la narración*, Santiago, Editorial Uni-versitaria, 2002, pp. 142-143.

<sup>61</sup> Cfr. TAYLOR, CH., *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, op. cit., pp. 61-67.

<sup>62</sup> Ibidem, p. 64.

(*peak experiences*) o vivencias místicas o cuasi-místicas<sup>63</sup>. Quienes las han experimentado siempre podrán tener dudas acerca de cómo interpretar esos instantes, si son ilusorios o verdaderos y genuinos. Análogamente puede ocurrir con experiencias de desolación, desilusión, profunda culpa, vergüenza. Ambos se reconocen por la narración que permite entender por qué suceden en un momento; esos instantes encierran y contienen el anhelo de alcanzar una vida más plena o, pueden mostrar los desaciertos y errores personales: «Y mientras proyecto mi vida hacia delante y avalo la dirección que llevo o le doy una nueva, proyecto una futura narración, no sólo un estado del futuro momentáneo, sino la inclinación para toda la vida que me espera. Esa percepción de mi vida como si estuviera encaminada en la dirección hacia lo que aún no soy, es lo que Alasdair MacIntyre ha captado en su noción de la vida como 'búsqueda'»<sup>64</sup>.

La búsqueda incluye la idea de que en la vida cada quién trata de descubrir qué bienes son mejores, cuáles proporcionan vivencias de creciente plenitud. Como es un intento, se puede fracasar, abandonar algunos afanes, renunciar a ciertos propósitos o enmendar el rumbo. Emprender esta pesquisa demanda conocer de alguna manera el fin o el bien que se persigue, conlleva educarse como persona y en el auto-conocimiento.

A pesar de los variados y cambiantes avatares de una vida, se puede apreciar una línea directriz, un estilo en el carácter, una forma de ser y desear. Conocerse de verdad tiene en cuenta la historia de maduraciones y retrocesos personales.

Una vida tiene sentido si se la considera como un todo<sup>65</sup>. En cualquier momento se la puede mirar y narrar interpretando y dando sentido a los éxitos y fracasos, renunciadas y distracciones respecto de los fines que el sujeto se ha formulado. De ahí que sería ilógico y artificial rechazar alguna etapa por juzgarla carente de sentido, vacía, superficial; es una táctica mutiladora, aleja del bien o bienes que hoy alguien persigue<sup>66</sup>. Y si en el presente elige otros bienes, posiblemente es porque algunas o muchas de las equivocaciones pasadas han tenido consecuencias y lo han orientado hacia la búsqueda de nuevos derroteros. La lectura de esa época es distinta porque el guión hermenéutico ha variado y son otros los bienes que ahora importan. Parafraseando a Ricoeur, se puede sostener que el significado de un relato brota en la intersección del mundo del texto (la vida pasada) con el mundo del lector (la vida presente). Y, precisamente, porque el protagonista comprende esa historia desde esta nueva posición moral, puede empeñarse hacia delante, con mayores bríos y energías a realizar aquel nuevo sentido que ha descubierto<sup>67</sup>.

Así como no se pueden escindir aspectos pasados, tampoco es posible cercenar los planes, ni diferir decisiones que hay que tomar en el presente, pen-

<sup>63</sup> Cfr. MASLOW, A., *El hombre autorrealizado. Hacia una psicología del ser*, Barcelona, Kairos, 1973, pp. 103-131.

<sup>64</sup> TAYLOR, CH., *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, op. cit., p. 65.

<sup>65</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 67.

<sup>66</sup> PEÑA, J., *La poética del tiempo. Ética y estética de la narración*, op. cit., pp. 142-143.

<sup>67</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 154.

sando que sólo por el efecto del paso de los años uno cambiará. Y si en el presente los elige, posiblemente es porque algunas o muchas de las equivocaciones pasadas han tenido consecuencias y lo han orientado hacia la búsqueda de nuevos sentidos. Lo que una persona será se encuentra parcialmente configurado por lo que hoy día es. Como afirma Polo, vivir éticamente implica emplear el tiempo de la vida para crecer<sup>68</sup>. El devenir se irá modelando en función del pasado y del presente. Implica considerar la vida como un todo, sin importar si ella terminará a la vuelta de la esquina. Tal vez se plantee tardíamente la consideración unitaria, desde la retrospectiva propia de la madurez avanzada o vejez<sup>69</sup>. Pero, como sostenía Sócrates, una vida carente de examen no es digna de ser vivida<sup>70</sup>. Además, frecuentes crisis llevan a un autoexamen, a una autocrítica respecto a qué se busca y persigue, y esas mismas crisis conducen a encontrar nuevas claves interpretativas a las acciones del pasado.

Desde lo expuesto se desprende la doble teleología de la identidad humana: el sujeto forja su identidad refiriéndola a determinados bienes en la acción, y orienta su vida hacia un 'hiperbien' o algunos 'hiperbienes' que ordenan la teleología parcial de cada acción propositiva que tiene la vida como una totalidad<sup>71</sup>. Entender la vida y la identidad sólo resulta posible en una narración, con la esperanza que sea digna de ser contada. No en vano repetía Elie Wiesel: «Dios creó al hombre porque le gustan las historias»<sup>72</sup>.

## VI. CONCLUSIONES

En las sociedades premodernas, la definición de la identidad no se formulaba del modo reflexivo y de búsqueda tal como se bosquejó con el advenimiento de la Modernidad. Ésta introdujo un reto apasionante que conlleva grandes oportunidades e indudables peligros. La Posmodernidad acepta que cada quien elija sin coacciones o restricciones sus propias reglas, configure su vida y su identidad según le parezca; fomenta el individualismo al dar la espalda a los horizontes morales compartidos. Tal vez, esta podría ser una línea interpretativa para poder comprender las crisis de identidad o patologías relacionadas que llevan a muchos sujetos a la consulta de un clínico.

La clave antropológica de Taylor es que el hombre es un ser que se 'autointerpreta', siendo decisiva la significación que otorga a los acontecimientos, a sus deseos y motivos. Siempre está implicado al decidir y definir su forma de ser y

<sup>68</sup> Cfr. POLO, L., *Quién es el hombre. Un espíritu en el mundo*, Madrid, Ediciones Rialp, 1991, pp. 109-110.

<sup>69</sup> Cfr. ERIKSON, E., *El ciclo vital completado*, traducción de Ramón Sarró Maluquer, Buenos Aires, Paidós, pp. 61-87.

<sup>70</sup> Cfr. PLATÓN, *Apología de Sócrates*, traducción de Tomás Meabe, Madrid, Editorial Espasa Calpe, S.A., Madrid, 1961, p. 83.

<sup>71</sup> Cfr. LLAMA, E., *Charles Taylor. Una antropología de la identidad*, op. cit., p. 255.

<sup>72</sup> MCADAMS, D. P., *The stories we live by. Personal myths and the making of the self*, New York-London, 1993, p. 17.

hacer. Estas interpretaciones comportan determinadas discriminaciones ('evaluaciones fuertes'), que definen el valor de lo que se elige e impregnan el modo de vivir. Son inseparables del sujeto como responsable de la gestión de su vida. Imprimen la temática de la identidad personal.

En cada elección se pone en juego el horizonte valorativo personal, pues es allí donde éste cobra sentido. La orientación al bien puede permanecer implícita ('bienes vitales') o explícita ('bienes constitutivos'). Estos últimos esclarecen en qué consiste la vida buena a la que cada persona adhiere.

El hombre siempre se enfrenta a la problemática de tener que elegir entre diversos bienes, a la tarea de integrarlos y jerarquizarlos de un modo coherente. Al hacerlo, algunos destacarán como 'hiperbienes': son las fuentes morales que motivan el actuar y marcan la identidad personal. A través de esta noción Taylor introduce la cuestión de la teleología o finalidad de la vida: no basta saber quién fui, quién soy, sino hacia dónde me dirijo.

La acción libre siempre reverbera en la persona, tiene consecuencias. Ese constante y sucesivo ejercicio de la libertad electiva otorga un determinado estilo de conducta y forja la identidad. La importancia de la libertad moral radica en los bienes elegidos. Hay que aprender a usar rectamente la libertad electiva a través de la educación y la praxis lograda, la que no sólo es *libre* sino también *liberadora*.

La libertad, afirma Taylor, no puede concebirse de modo individualista, separada de los demás, sino que ha de tener en cuenta la coexistencia de libertades. Está siempre instalada en un horizonte de valor ya dado, vinculada a una comunidad y tributaria de determinadas tradiciones y acervos culturales. En esos marcos referenciales hay indicaciones sobre formas de ser superiores y modos de vida mejores, que junto con orientarla, no eximen del ejercicio concreto de la misma en la búsqueda de la autorrealización. Ésta es creación y auto-configuración de la identidad y se expresa en el proyecto vital que fija los fines que la persona persigue.

La narración introduce inteligibilidad en una vida que se despliega temporalmente. Proporciona un eje en el que se vertebran diversos bienes a los que el sujeto asiente, pudiendo apreciar la identidad narrativa entre quién fue, el que ahora es y el que se proyecta hacia un futuro. El hombre mientras vive está deviniendo. Eso significa que siempre puede cambiar y modificar el guión narrativo que le permite entenderse a sí mismo. Suele ocurrir en momentos de crisis: decepciones, derrumbe de ideales, frustraciones, fracasos, enamoramientos, confrontación a otras culturas, nuevos encuentros y esperanzas. Tales situaciones existenciales lo llevan a replantearse la vida y a cuestionar los bienes a los cuales antes pacíficamente asentía.

Por ello la identidad siempre está abierta y expuesta a un futuro ignoto. Propiamente hay identidad biográfica completa y definida si se tiene en cuenta la totalidad de una vida: de allí procede su sentido e inteligibilidad. La identidad narrativa exige el resello final de la muerte, el acto de libertad radical por antonomasia, el último y decisivo acto libre de la vida personal, que rubrica y define lo que cada uno ha sido.

Si nuestras vidas habrán de ser juzgadas, ojalá que sean merecedoras y dignas de ser narradas.

## BIBLIOGRAFÍA

- BRUNER, J.: *Realidad mental y mundos posibles. Los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*, traducción de Beatriz López, Barcelona, Editorial Gedisa, S.A., 2004.
- BRUNER, J.: *Identity: Youth and crisis*, New York, W. W. Norton & Company, 1968.
- *El ciclo vital completado*, Buenos Aires, Paidós, 1985.
- FRANKFURT, H.: *La importancia de lo que nos preocupa. Ensayos filosóficos*, traducción de Verónica Inés Weinstahl y Servando María de Hagen, Buenos Aires, Kart editores, 2006.
- KERNBERG, O.: *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*, traducción de Stella Abreu, Buenos Aires, Paidós, 1979.
- LLAMA, E.: *Charles Taylor: Una antropología de la identidad*, EUNSA, Pamplona, 2001.
- MACINTYRE, A.: *Trás la virtud*, traducción de Amalia Valcárcel, Barcelona, Editorial Crítica, 1987.
- MCADAMS, D.: *The stories we live by. Personal myths and the making of the self*, New York and London, The Guilford Press, 1993.
- MASLOW, A.: *El hombre autorrealizado. Hacia una psicología del ser*, traducción de Ramón Ribé, Barcelona, Kairós, 1973.
- PEÑA, J.: *La poética del tiempo. Ética y estética de la narración*, Santiago, Editorial Universitaria, 2002.
- PLATÓN: *Apología de Sócrates*, traducción de Tomás Meabe, Madrid, Editorial Espasa-Calpe, S.A., 1961.
- POLO, L.: *Quién es el hombre. Un espíritu en el mundo*, Madrid, Ediciones Rialp, 1991.
- RICOEUR, P.: «La vida. Un relato en busca de un narrador», en *Educación y política. De la historia personal a la comunión de libertades*, Buenos Aires, Editorial Docencia, 1984, pp. 45-58.
- *Le volontaire et l'involontaire*, París, Ed. Aubier-Montaigne, 1967.
- SPEMANN, R.: *Personas: Acerca de la distinción entre «algo» y «alguien»*, traducción José Luis del Barco, Pamplona, EUNSA, 2000.
- TAYLOR, C.: «What is human agency?», en *Human agency and language. Philosophical Papers, I*, New York, Cambridge University Press, 1985a, pp. 15-44.
- «Self interpreting animals», en *Human agency and language. Philosophical Papers, I*, New York, Cambridge University Press, 1985a, pp. 45-76.
- «The diversity of goods», en *Philosophy and the human sciences. Philosophical Papers, II*, New York, Cambridge University Press, 1985b, pp. 230-247.
- *La ética de la autenticidad*, traducción de Pablo Carbajosa, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S.A., 1994.
- «La explicación y la razón práctica», en *Argumentos filosóficos*, traducción de Fina Birulés Bertrán, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S.A., 1997, pp. 59-90.
- *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, traducción de Ana Lizón, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S.A., 1996.
- «Atomismo», en *La libertad de los modernos*, traducción de Horacio Pons, Madrid, Amorrortu editores, 2005, pp. 225-255.
- «¿Cuál es el problema de la libertad negativa?», en *La libertad de los modernos*, traducción de Horacio Pons, Madrid, Amorrortu editores, 2005, pp. 257-281.

- TAYLOR, C.: «La conducción de una vida y el momento del bien», en *La libertad de los modernos*, traducción de Horacio Pons, Madrid, Amorroutu editores, 2005, pp. 283-302.
- URABAYEN, J.: *El pensamiento antropológico de Gabriel Marcel*, Pamplona, EUNSA, 2001.
- VIGO, A.: *La concepción aristotélica de la felicidad. Una lectura de Ética a Nicómaco I y X 6-9*, Santiago, Universidad de los Andes, 1995.
- WETHINGTON, E. - COOPER, H. - HOLMES, C.: «Turning point in midlife», en I. H. GOTLIB - B. WHEATON (eds.), *Stress and adversity over the life course*, New York, Cambridge University Press, 1997, pp. 215-231.

Escuela de Psicología  
Universidad de los Andes-Chile  
bzegers@uandes.cl

BEATRIZ ZEGERS PRADO

[Artículo aprobado para publicación en diciembre de 2011]